

El Héroe del Bárbula

Discurso del señor doctor Ulises Rojas, ante la
la estatua de Atanasio Girardot.

Señores académicos, señoras:

Para corresponder a una galante invitación hecha por la benemérita Academia Antioqueña de Historia, que hoy celebra con legítimo orgullo 40 años de vida fecunda y laboriosa, el Centro de Historia de Tunja, ha querido tomar parte en esta efemérides haciéndose presente por medio de un grupo de miembros, y al acordar la Junta Organizadora del Congreso este homenaje al héroe símbolo de la juventud antioqueña, me ha tocado en nombre de mis compañeros de delegación llevar la voz en este acto.

Justo es pues que al evocar la gloria del mártir medellinense, asocie a mi corazón y a mi palabra el emocionado mensaje de afecto fraternal que el Gobierno y el pueblo boyacense os envían.

El origen de las virtudes de un héroe, casi adolescente, como lo fue Atanasio Girardot, debe buscarse seguramente en el hogar paterno, porque los ejemplos y enseñanzas que el hombre allí recibe, se graban en el alma y en el corazón con fuerza indestructible que sólo la muerte es capaz de borrar.

Fue el padre del héroe don Luis Girardot, francés, nacido en París, nacionalizado en el Nuevo Reino y el primer europeo que el 20 de julio de 1810 se presentó en la Sala del Cabildo de Bogotá, la noche de la revolución, a ofrecer su persona y sus bienes al servicio de la patria. La madre, doña Josefina Díaz y Hoyos, era hija de un noble regidor de la Villa de

Antioquia y pertenecía a las más linajudas familias de la montaña. Por eso en Atanasio Girardot se reunieron y brillaron las virtudes de la Francia inmortal; toda la gallardía de un Cruzado; todo el amor a la libertad de un Carlos Martel, todo el patriotismo y coraje republicano de un Girondino... El hogar antioqueño modeló su corazón en las más puras fuentes de la virtud cristiana; dio a su brazo la pujanza de esta raza fuerte y dominadora y saturó su espíritu en todos los anhelos de este pueblo orgulloso de su estirpe.

Se ha dicho y con razón, que en el origen de todo lo grande, de todo lo sublime, hay siempre una mujer.... Y no hay duda de que la silenciosa labor de una madre antioqueña plasmó en el héroe toda grandeza del alma que se supone la excelcitud de su gloriosa muerte.... En el tibio regazo de esa madre y en el ejemplo del padre, bebió aquel hijo el divino licor de los inmortales!

Yo venero y saludo en la madre de Girardot a todas las mujeres antioqueñas que han sabido dar a Colombia tantos hijos ilustres!

En dónde, si no en el hogar, aprendió Girardot ese respetuoso y tierno amor filial que perfumó toda su correspondencia familiar; esa entrega total al ideal supremo de la libertad; ese respeto a la voluntad de Dios, que pone en sus divinas manos los más caros anhelos?

Fortalecido en la virtud y enriquecido con el ejemplo de sus progenitores, su espíritu era llama viva que ardía en el más puro patriotismo, y su vida en flor, era ofrenda permanente en el altar de la Patria!

Tenía el grado de teniente en el batallón auxiliar de la capital y acababa de recibir en el colegio de Santo Tomás su diploma de abogado, cuando estalló la revolución del 20 de julio de 1810. Desde el primer momento se unió al movimiento revolucionario

y el 15 de noviembre de aquel año salió a órdenes del general Antonio Baraya con la primera expedición que se organizó para someter a los realistas del Sur. Este fue el comienzo de su brillante carrera militar.

Sus cartas son una muestra de sus múltiples virtudes privadas y públicas. El 26 de febrero del año siguiente decía a sus padres desde Cali:

“Antes de que el opresor llegue a reinar sobre los escombros de estas ciudades libres y amigas, se inundarán los campos de arroyos de sangre vertida por nuestras venas. . . .” Y desde el Tambo escribía el 31 de mayo de aquel año:

“He solicitado se me conceda permiso para ir al Patía a abatir algunas tropas que hay allí. . . . Si lo consigo, esperen de un momento a otro, o la noticia de mi muerte, o la de una completa victoria que eternice el apellido de su humildísimo hijo que desea verlos y abrazarlos”.

Y era un adolescente quien así hablaba. . . . Su alma era un volcán y su brazo desafiador y terrible la esperanza de la naciente patria. . . . Los campos de Palacé lo vieron cubrirse de gloria y sus palabras se convirtieron entonces en realidad espléndida. . . .

Al iniciarse la campaña del norte decía a sus padres desde Tunja, el 15 de enero de 1812:

“No tengan el menor cuidado por mí, que si muero, será cubierto de honor y de gloria!” Y del cuartel general de Puente Real, les decía en carta del 28 de enero del mismo año:

“Sus mercedes no tengan cuidado por mí, que de nada sirve un hijo, cuando no se expone a los mayores riesgos por salvar la patria y libertarla de los tiranos”.

La primera guerra civil estalló cuando Girardot se hallaba en el Norte y él se afilió con su antiguo jefe el general Baraya al lado del Congreso y en

contra de Nariño..... En esa campaña vino hasta las afueras de Bogotá y fue el único triunfador en aquella malhadada lucha: derrotó las fuerzas que el general Nariño tenía en Monserrate, hizo prisioneros a quienes las mandaban y dominó desde allí a Bogotá. Triunfante Nariño de las demás fuerzas del Congreso que atacaron la ciudad, ofreció a Girardot pidiéndole rindiera las armas y se presentara, pero su orgullo y su coraje dictaron la siguiente respuesta:

“Sí me presentaré pero a sangre y fuego”..... Después, Girardot se retiró para proseguir la campaña que debía llevarlo a la cumbre resplandeciente del Bárbula.*

De Cerinza escribía el 26 de febrero del año de su muerte:

“Mis queridos padres: Hoy mismo sigo con destino a Pamplona a pelear con quienes tratan de conducirnos a las antiguas cadenas. Sí, marchó con el batallón de mi mando a hacerles ver que no es lo mismo pelear por vil interés, que por la sagrada libertad.....”

Del Rosario de Cúcuta, escribía el 17 de mayo:

“Por mí no tengan cuidado alguno, porque ni las balas ni las enfermedades podrán rendirme”. De Trujillo, repetía:

“Las balas no se atreven a llegar a mi pecho”... Pero ya en el reloj del destino, su hora había sonado y su entrada triunfal al templo de los inmortales se acercaba!

En la acción de Carache, nuevos laureles adornaron sus sienes juveniles. Después del triunfo, el mismo Libertador acompañado de la plana mayor del ejército y de todo el señorío de la ciudad salió a su encuentro y fue recibido en medio de vítores entusiastas y de vivas al inmortal Girardot..... Con este motivo, el general Antonio Villavicencio escribía a la madre del héroe:

“La acción de Carache ha cubierto de gloria a Girardot y a sus oficiales. Bolívar lo ama y lo distingue como es de justicia. Doy a usted y a toda su familia mil enhorabuenas por los felices sucesos del valiente y afortunado Atanasio”.

Imaginad ahora, cómo rebosaría de intensa, de suprema alegría el corazón de esa madre que veía en el hijo reflejados todos sus sentimientos y sublimizados todos sus más caros anhelos.

Y en nota del 2 de agosto suscrita en Valencia, el Libertador decía:

“Se ha hecho muy digno de recomendación y acreedor a todas las consideraciones del Gobierno, el valor e inteligencia con que se ha distinguido en esta acción el teniente coronel ciudadano Atanasio Girardot”.

Desde el pueblo del Carache dirigió Girardot varias proclamas a los habitantes de la región, llenas de ardentía y patriotismo y pide a los dispersos en los montes y bosques que vuelvan a disfrutar de la comodidad de sus casas y hogares en quieta posesión de los derechos que les dio Dios y la Naturaleza!

Después, al frente de la vanguardia del ejército libertador, continúa la marcha triunfal a Caracas; pero como nuevo Moisés, no puede ver la tierra prometida. En el camino de Valencia se presenta el enemigo y viene el choque violento de los dos ejércitos: los republicanos ascienden a la cumbre con el arma al brazo, envueltos en una nube de polvo y fuego y animados por el coraje de su intrépido jefe. En medio de densos espirales de humo, ondea la bandera republicana que guía a los vencedores. De repente ésta desaparece y el clarín español se apresura a anunciar la victoria. Hay un momento de angustia, pero una augusta sombra dibújase en la cumbre, y el pabellón tricolor en las robustas manos del héroe entre los héroes, tremola sobre el Bárbula. Un grito

de triunfo sale de todos los pechos patriotas; un esfuerzo más y la victoria queda de su parte; cara, muy cara sí, porque cuesta la vida preciosa del invicto jefe que cae envuelto en la seda tricolor, atravesado por balas enemigas. Su palabra y sus deseos se habían cumplido: su apellido fulgiría desde entonces en la historia de América, más esplendente que el sol. Y esta tierra fecunda que vio nacer al héroe, recogía su ejemplo para legarlo como preciosa, como eterna herencia de valor y de gloria a todos sus hijos!

El mismo día de su muerte, el 30 de septiembre de 1813, Bolívar dictaba una Ley por la cual se ordenaba que el corazón de Girardot fuera conducido en triunfo a Caracas en donde se le rendirían los honores debidos a un Libertador. Y en el Boletín del Ejército, se expresaba así:

“Tenemos que llorar eternamente la pérdida del intrépido coronel Atanasio Girardot, su valor admirable lo cubrió de gloria en los campos de Palacé y renovó esta misma gloria en la maravillosa campaña de Venezuela”.

Luego escribía al padre del héroe en estos términos:

“Ellas, las cenizas inmortales de su hijo ilustre vivirán en el corazón de todos los americanos, mientras el honor nacional sea ley de sus sentimientos y mientras la sólida gloria tenga atractivos para las almas nobles. La carrera de Girardot y su muerte excitarán aún en la posteridad más remota, la emulación de cuantos aspiren al precio del valor y sientan en sus pechos el fuego divino con que él buscó la gloria propia y la de su amada patria. La causa de la libertad por la que los hombres más grandes de la tierra han combatido, debe honrarse porque nunca ha sido sostenida con más honor que en los campos famosos donde Girardot la ha hecho triunfar de los tiranos”.

Señores: ante tan justa y bella apología salida del áurea pluma del Libertador de un mundo, mi admiración pone un sello en los labios, no sin exclamar antes con emoción gratísima: Atanasio Girardot sigue viviendo en todos los corazones de la juventud antioqueña y sólo hace falta la gloriosa oportunidad de demostrarlo!

